

tén siempre dispuestos a obedecer sus mandatos y acudir, a su palabra, a prestar sus servicios a alguno de sus servidores».

19.—Y después de tanto ponderar cuánto es María honrada, especialmente por las criaturas angélicas, como Madre de Dios, no parece si no que el *Santa María, Madre de Dios* del concilio de Efeso, vibró potente en el corazón de nuestro Beato, y mirando a la tierra toda la consideró como un inmenso altar en el que en todo lugar y momento se elevan al trono de María las oraciones y cánticos de los cristianos; y así lo expresa con su vehemencia propia el Maestro de Montfort:

«Toda la tierra está llena de su gloria, particularmente entre los cristianos, en donde se la toma por tutelar y protectora de muchos reinos, provincias, diócesis y ciudades, y de muchas catedrales que están consagradas a Dios con su nombre. Jamás se encontrará una iglesia que no tenga un altar levantado en su honor; ni comarca ni cantón en donde no se venere alguna de sus imágenes milagrosas, a las cuales acuden las gentes para curar de sus dolencias y obtener toda suerte de bienes. Que hablen, si no, tantas cofradías y congregaciones establecidas para honrarla, tantas religiones puestas bajo su protección, tantos cofrades, hombres y mujeres, de todas las humanidades, tantos religiosos y religiosas de todas las órdenes, los cuales incessantemente publican sus alabanzas y anuncian sus misericordias. No hay tan sólo un niño que balbuciendo el *Ave María*, no la alabe, ni pecador apenas que, en medio de su endurecimiento, no abrigue en su pecho una chispa de confianza en Ella, ni aún siquiera un demonio que, desde los infiernos, no la venere temiéndola.»

20.—Y en llegando a este punto, a semejanza del viajero que extasiado se detiene a contemplar un grandioso panorama, y luego vuelve de nuevo sus ojos al fin hacia donde se dirige, fijando en él su atención y entusiasmo con más fervor que antes, así nuestro Beato, como si no hubiese escrito los párrafos de este artículo, y se colocase al fi-